

15. LA HIGUERA EN BROTE (Mc 13,28-32)

Introducción. Las estaciones y su retorno año tras años nos sugiere ambientes internos que nos ayudan a descubrir signos de renovación y de crecimiento. Hemos repetido muchas veces que Jesús pasó gran parte de su vida en un ambiente rural y la observación de la naturaleza fue fuente de inspiración en la creación de sus paráboles. Estamos siempre atentos al clima, a qué tiempo hará el fin de semana, porque el tiempo influye en los planes que queremos realizar. Si habrá nieve o no, si queremos esquiar, o si en las zonas de playa lucirá el sol o habrá temporal. Nos ayuda a decidir ir a un lugar u a otro. Miramos las aplicaciones del tiempo que nos informan la previsión para los próximos días. Del mismo modo que calculamos nuestros planes en función de nuestra observación del tiempo, esa misma atención la tendríamos que tener para calcular los pasos que debemos dar en nuestra vida interior. El brotar de la higuera es en sí mismo un signo positivo. Del mismo modo como la primavera suscita en nosotros imágenes de esperanza y no asociaciones con el otoño, como el otoño, o el hambre, la enfermedad y la guerra, así era el caso en aquel entonces en Israel. Esta parábola conecta con el texto bíblico del Cantar de los Cantares: «*Habla mi amado y me dice: «Levántate, amada mía, hermosa mía y ven». Mira, el invierno ya ha pasado, las lluvias cesaron, se han ido. Brotan las flores en el campo, llega la estación de la poda, el arrullo de la tórtola se oye en nuestra tierra. En la higuera despuntan las yemas, las viñas en flor exhalan su perfume. «Levántate, amada mía, hermosa mía, y vente». Paloma mía, en las oquedades de la roca, en el escondrijo escarpado, déjame ver tu figura, déjame escuchar tu voz: es muy dulce tu voz y fascinante tu figura»* (*Cant 2,10-14*). Lo que se puede aprender de la higuera en brote, es que en nuestras vidas aparecen «signos distintivos» de la cercanía y de la aparición visible del reinado de Dios. Es posible que la parábola haya sido como sigue: Aprendan esta comparación, tomada de la higuera: cuando sus ramas se hacen flexibles y brotan las hojas, os dais cuenta de que se acerca el verano. Así también, cuando ven lo que aquí está ocurriendo a saber, las curaciones de enfermos y poseídos, sepan que el reinado de Dios está cerca (Mc 13,28-29)

Lo que Dios nos dice. «*Aprended de esta parábola de la higuera: cuando las ramas se ponen tiernas y brotan las yemas, deducís que el verano está cerca; pues cuando veáis vosotros que esto sucede, sabed que él está cerca, a la puerta. En verdad os digo que no pasará esta generación sin que todo suceda. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. En cuanto al día y la hora, nadie lo conoce, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, solo el Padre»* (Mc 13,28-32).

La higuera era especialmente apropiada como «signo distintivo». En los países mediterráneos, desde luego, también en Israel, en casi todos los árboles las hojas nuevas se desarrollan en medio de las viejas que quedan todavía en el árbol. Así sucede, por ejemplo, con el olivo, con la encina y con el algarrobo. Solo en la higuera (y en la vid) ocurre distinto: la higuera es casi el único árbol que en el invierno o en la época lluviosa pierde prácticamente todas sus hojas. Por eso el brote de sus nuevas hojas llama especialmente la atención, con lo que la higuera se convierte incluso en símbolo de la primavera o, mejor –como la primavera en Israel es un tiempo muy breve de transición–, en símbolo de la proximidad del verano. Jesús toma el llamativo brotar de la higuera desnuda para hacer referencia a lo que está aconteciendo: el nuevo mundo de Dios, el tiempo de la salvación, el reinado de Dios. Nuestras vidas se renuevan por la acción del Espíritu Santo en ellas. «*Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios; este es vuestro culto espiritual. Y no os amoldéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto»* (*Rom 12,1-2*). El reino de Dios viene con tanta seguridad y rapidez como viene el verano después de que a la higuera se le hinchen las yemas y comience a brotar. Más aún: en el fondo, las llamativas transformaciones que ocurren en la higuera no solamente anuncian la cercanía del verano, sino que, cuando emergen los brotes, el verano ya ha llegado.

Cómo podemos vivirlo. Lo que necesitamos es captar y reconocer la belleza que se esconde en medio de lo real. Necesitamos el trabajo restaurador de no quedarnos en la apariencia superficial de lo que vivimos. No dejarnos arrastrar por la rutina, las inercias, lo cotidiano. Necesitamos profundizar, romper la cáscara que oculta el brillo de lo divino que cubre la historia. Hacer arqueología de lo divino. Mirar con mirada limpia nuestra propia vida, la de los demás, la presencia envolvente del Dios que anima lo inerte y que hace nuevas todas las cosas.